

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
**ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL**

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA
DEL GOBIERNO DE CANTABRIA
AÑO JUBILAR LEBANIEGO
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN
FACULTAD DE LA MAGISTERIA
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
41013 Santander, España

Al cuidado de

MARGARITA BRIBAS Y SILVIA BRISO
con la colaboración de Laura Rodríguez

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellá, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

EL IMAGINARIO DE LO MEDIEVAL EN LA OBRA DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER: UN PASEO LITERARIO POR TOLEDO

FRANCISCO CROSAS

Universidad de Navarra

1. JUSTIFICACIÓN

Yo tengo fe en el porvenir. Me complazco en asistir mentalmente a esa inmensa e irresistible invasión de las nuevas ideas que van transformando poco a poco la faz de la humanidad, que merced a sus extraordinarias invenciones fomentan el comercio de la inteligencia, echan el vínculo de los países fortificando el espíritu de las grandes nacionalidades y borrando, por decir así, las preocupaciones y las distancias, hacen caer unas tras otras las barreras que separan a los pueblos. No obstante, sea cuestión de poesía, sea que es inherente a la naturaleza frágil del hombre simpatizar con lo que perece y volver los ojos con cierta triste complacencia hasta lo que ya no existe, ello es que en el fondo de mi alma consagro, como una especie de culto, una veneración profunda por todo lo que pertenece al pasado, y las poéticas tradiciones, las derruidas fortalezas, los antiguos usos de nuestra vieja España tienen para mí todo ese indefinible encanto, esa vaguedad misteriosa de la puesta de sol en un día espléndido cuyas horas, llenas de emociones, vuelven a pasar por la memoria vestidas de colores y de luz antes de sepultarse en las tinieblas en que se han de perder para siempre.¹

SON PALABRAS de Bécquer desde Veruela, donde convaleciente en el antiguo monasterio, a los pies del Moncayo, escribe en 1864 para *El Contemporáneo* de Madrid su carta IV, que aparece el 12 de junio de ese año.

No es preciso ponderar la atracción que los poetas románticos, casi sin excepción, sintieron por el único período de la historia en que podemos hablar verdaderamente de Europa como una entidad histórica. Obviamente, la figuración intelectual y vivencial que de esos siglos hicieron,² difiere mucho de los conceptos manejados ahora por

¹ *Cartas desde mi celda*, carta IV, en G.A. Bécquer, en *Obras completas*, II, ed. R. Navas Ruiz, Turner (Biblioteca Castro), Madrid, 1995, p. 405 (todas las citas están tomadas de esta edición). De las *Cartas desde mi celda*, cuyo estudio dejo para más adelante, la más citada por los estudiosos es precisamente esa carta IV, donde Bécquer da cuenta pormenorizada de su pasión por el pasado.

² Sigo en este trabajo lúcidas sugerencias del prof. Jesús Costa, uno de los editores de *El Gnomon*, y tam-

el historiógrafo, que por cierto están siendo sometidos a una profunda revisión. De esa reconstrucción que, sin miedo a generalizar, puede calificarse de *romántica*, no se libraron los estudiosos de la Filología, ni aun los más aferrados a la metodología positivista. Me parece interesante detenerme en la configuración de ese imaginario en el más romántico, aunque anacrónico, de los poetas españoles.

2. Ahora no pretendo más que una primera aproximación al tema y considero sólo los siguientes textos: *Historia de los templos de España* (1857), leyendas y escritos relacionados con Toledo (1861-1864) y otra narración de asunto medieval (1863).³ Quedan, para más adelante, otras leyendas y textos periodísticos sobre historia y monumentos, así como las *Cartas desde mi celda* (1864), escritas en Veruela y de gran interés para el tema. Me centro, por tanto, en las dos primeras etapas de la producción literaria de Bécquer.⁴

La *Historia de los templos de España*, no reeditada íntegramente hasta 1995, ofrece el interés de un texto en principio extraliterario, pero entreverado de poesía.⁵ Como es bien conocido, se trata de un ambicioso proyecto editorial de Bécquer y algunos amigos suyos, que acabó en empresa frustrada y conoció una única primera entrega, en 1857, que corresponde a los templos de Toledo. El poeta se ocupó de todos los templos, ermitas y cenobios, a excepción de la catedral metropolitana, que correspondió a Manuel de Assas. No se trató de una iniciativa insólita, pues fueron relativamente abundantes las obras de este género romántico, conocido con el nombre de *España pintoresca*.⁶

bien la senda trazada por A.M. Contreras Martín en «G.A. Bécquer: la recepción del paisaje cristiano fudal». Me parece precisa su breve definición de *imaginario*: «Se entiende por *imaginario*: aquel conjunto de imágenes mentales y materiales que construye, asocia y utiliza el individuo o la colectividad. Es decir, la forma de *ver-se*», *ibid.*, p. 332, n. 4.

³ «La ajorca de oro» (*El Contemporáneo*, 28 de marzo de 1861); «El Cristo de la calavera» (*El Contemporáneo*, 16 y 17 de julio de 1862); «Tres fechas» (*El Contemporáneo*, 20, 22 y 24 de julio de 1862); «La promesa» (*La América*, 12 de febrero de 1863); «El beso» (*La América*, 27 de julio de 1863); y «La rosa de pasión» (*El Contemporáneo*, 24 de marzo de 1864). Aunque no toledana, sí es medieval «La promesa».

⁴ A saber: 1854-1860 (*Templos*); 1860-1864, (algunas *Leyendas*); 1864-1870 (*Cartas desde mi celda*, *Libro de los gorriones*, *Leyendas*, etc.). Cf. R. de Balbín, «El tema de España y la prosa becqueriana», en *Poética becqueriana*, Prensa Española, Madrid, 1968, p. 198.

⁵ G.A. Bécquer y J. de la Puerta Vizcaino, dir., *Historia de los templos de España*, Imprenta y Estereotipia Española de los Señores Nieto y Compañía, Madrid, 1857 (editada en *Obras completas*, I). «El tiempo, la palabra. El interés de la *Historia de los templos de España* no radica en su transmisión textual, totalmente viciada, sino en la capacidad de la palabra para albergar el pasado», A. López Castro, «Bécquer y la búsqueda de lo absoluto», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Española*, XVI (1992), p. 182.

⁶ Cf. R. Benítez, *Bécquer tradicionalista*, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, 148), Madrid, 1971, p. 64. Algunas fueron conocidas, cuando no utilizadas, por Bécquer: J. Amador de los Ríos, *Toledo pintoresca*, Ignacio Boix, Madrid, 1845; G. Pérez de Villa-Amil y P. de la Escosura, *España artística y monumental*, Barcelona-Madrid, 1865 (primera ed., París, 1842-1844), 3 vols.; S.R. Parro, *Toledo en la mano*, Imprenta de Severiano López, Toledo, 1857. Esta última, con ser del mismo 1857, ya es citada por Bécquer en *Templos*. La obra de Villa-Amil (1842-1844) contiene en su primer volumen algunos grabados hechos sobre dibujos del padre de los Bécquer.

Los primeros monumentos de la parte redactada por Bécquer, además de ser descritos prolijamente, son objeto de reflexiones históricas y estéticas. Gran parte de los templos y cenobios toledanos fueron edificados o reconstruidos a lo largo de la Edad Media, sobre cuya civilización y arte el poeta hace frecuentes juicios de valor, siempre positivos. Las dos monografías más interesantes, en este sentido, son las dedicadas a San Juan de los Reyes y a la basílica de Santa Leocadia (vulgo el Cristo de la Vega), que sin duda contienen las mejores páginas de *Templos*. La contemplación del semi-ruinoso monasterio franciscano edificado por los Reyes Católicos tras su victoria militar en Toro, es fuente fecunda de inspiración para Bécquer. En sus restos ve plasmado el glorioso pasado de España y las mejores virtudes de unos tiempos en que abundaron los héroes y los santos. La visita a Santa Leocadia le permite remontarse aún más lejos, a los primeros cristianos y a la época visigoda; y, desde ahí, trazar casi una historia espiritual de nuestros antecesores. Ante los ojos del poeta desfilan los concilios de Toledo, la fidelidad de los mozárabes a su fe, la Reconquista, la piedad popular de siglos, etc. Todo ello, sin disimular la acción de esos monumentos centenarios sobre el ánimo del poeta, fascinado por el lenguaje de las piedras.

Conforme el texto avanza, las monografías de Bécquer se vuelven menos líricas. Entonces, la materia sólo recibe un tratamiento literario esporádico, cuando el poeta se libera de cronologías y tecnicismos; por ejemplo, al describir San Pedro Mártir.

Pero Bécquer vuelve sobre Toledo en diferentes escritos. Algunas de sus narraciones están ambientadas en Toledo y en la Edad Media y, en otras, hay alusiones a la imperial ciudad. Es más, algunas leyendas, como «El beso» y «El Cristo de la calavera», parecen dar curso a reflexiones y evocaciones que no pudieron ser desarrolladas en *Templos* por la naturaleza misma del texto, ya retomando un ambiente y una época allí esbozados, ya apareciendo vinculadas a alguno de los monumentos allí descritos. Todavía en las *Cartas* de Vuela volverá sobre argumentos expuestos en *Templos* sobre el valor de los tiempos pasados.⁷

3. Para Bécquer el monumento —y aún más si se trata de un templo— no es algo frío, que permita una observación objetiva y distanciada. Las piedras se identifican con la tradición; y a la tradición se accede sobre todo intuitivamente. En la monografía sobre San Juan de los Reyes describe la aproximación al lugar del historiador, del artista (pintor) y del poeta.⁸ Obviamente, aunque de alguna forma cumple los tres oficios en *Templos*, se identifica con la tercera postura, que adopta de modo sistemático y consciente en los primeros capítulos:

El poeta ... que ama la soledad para poblarla con los hijos de su mente y cruzar ante sus ojos en una onda de colores y de luz los monjes y los reyes, las damas y los pajes, los heraldos y los guerreros, puede a su antojo, al recorrer el interior de esa fábrica, cuyos ámbitos están

⁷ Cf. R. Benítez, *Bécquer, tradicionalista*, pp. 86-87 y 180, y R. de Balbín, «El tema de España», pp. 217 y 225.

⁸ Cf. *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, pp. 653-655.

lentos de la sombra de los Católicos Príncipes, dar vida a esa era portentosa de valor y de fe, a la que éstos dieron el impulso marchando a su frente.⁹

El poeta, mucho mejor que cualquier otro mortal, puede recrear toda una civilización a partir de vestigios artísticos:

Sólo un poder existe capaz de devolveros por un instante vuestro perdido esplendor y hermosura: el poder de la exaltada mente del poeta. Sí; yo puedo reanimaros, yo veo cubrirse los rotos ajimeces de vidrios de colores, los entrearcos de tapices, las aras de imágenes; de lámparas de oro las bóvedas, de trofeos de guerra las capillas y de tisú, pendones y escudos las tribunas. Yo siento vibrar el aire con las aclamaciones de la muchedumbre, el canto de los religiosos y el clamor de las trompas; yo miro descender de sus nichos como para celebrar otra vez su triunfo esa muda generación de reyes, obispos, guerreros, pajes y heraldos, cuyas sordas y huecas pisadas parece que retumban en mi oído, cuyos rostros inmóviles veo animarse con el rayo de luz y de vida que les presta mi imaginación.¹⁰

Y para Bécquer, el «pasado», aun cuando no concrete unos límites cronológicos o no se refiera explícitamente a un hecho o monumento anterior a 1500, suele querer decir la Edad Media.¹¹ Al mismo tiempo, es interesante constatar que ese acceso intuitivo a la tradición se realiza de una forma especial mediante la contemplación *in situ* de vestigios artísticos; muy especialmente, de obras arquitectónicas y ruinas. Sólo se puede *comunicar* con las edades pretéritas conociendo sus tradiciones y su historia sobre el terreno, donde se produce una sintonía inigualable entre el alma del poeta y los tiempos pasados.¹²

4. Dos son los aspectos de la tradición medieval más y mejor evocados por el poeta: la guerra y el culto cristiano, que respectivamente se identifican con lo heroico y lo santo, el caballero y el clérigo, la virtud activa y la contemplativa, la acción y el conocimiento.

Se puede afirmar que lo medieval en Bécquer está asociado a lo heroico, a los hechos de armas, a las cruzadas, a los torneos, a todo lo que requiera valor y gallardía. La caballería como estamento, las batallas y aun los combates singulares son objeto de rememoración poética. Lope y Alonso, protagonistas de «El Cristo de la calavera», son perfectos cortesanos, espejo de virtudes y, como tales, no pueden mantener más que una rivalidad aparente. El Cielo mismo, por medio de un milagro del Cristo de Zocodover, les impide batirse por Inés, la dama a cuyos favores aspiran.¹³

⁹ *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 655.

¹⁰ *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 709.

¹¹ A. Ramírez-Araujo, «Bécquer y la reconstrucción del pasado», *Hispania* (CSIC), XXXIX (1956), p. 318.

¹² «Fuera del lugar en que se guarda su memoria, lejos del recinto que aún conserva sus trazas, donde parece que todavía respiramos la atmósfera de las edades que les dieron el ser, las tradiciones pierden su poético misterio, su inexplicable dominio sobre el alma» (*Templos*, «El Cristo de la Vega», en *Obras completas*, I, p. 719). En la humilde Basílica de Santa Leocadia el poeta ve personificada la superioridad del espíritu sobre la materia. Cf. *ibid.*, pp. 717-718.

¹³ «En los torneos de Zocodover, en los juegos florales de la corte, siempre que se les había presentado

En «La promesa» se detiene en la descripción del «real de los cristianos», del que ofrece una visión idealizante y colorista —él mismo emplea el adjetivo «pintoresco»— que no tiene nada que envidiar a los ambientes medievales de Walter Scott. Ahí —en un alarde de erudición arqueológica— no faltan las referencias a las armas y a los tipos, si bien para la recreación del ambiente se vale sobre todo de sensaciones visuales y acústicas, así como de una cuidadosa selección léxica. La utilización de expresiones como «faraute» o «a su guisa», o la enumeración de elementos heráldicos del armamento, parecen introducir al narrador en el ambiente descrito:

Tendidas a lo largo de la llanura mirábanse, pues, tiendas de campaña de todas formas y colores, sobre el remate de las cuales ondeaban al viento distintas enseñas con escudos partidos, astros, grifos, leones, cadenas, barras y calderas y otras cien y cien figuras o símbolos heráldicos que pregonaban el nombre y la calidad de sus dueños. Por entre las calles de aquella improvisada ciudad circulaban en todas direcciones multitud de soldados que, hablando diversos dialectos y vestido cada cual al uso de su país y cada cual armado a su guisa, formaban un extraño y pintoresco contraste. Aquí descansaban algunos señores de las fatigas del combate ... y el rumor de los atambores, el clamor de las trompetas, las voces de los mercaderes ambulantes, el golpear del hierro contra el hierro, los cánticos de los juglares que entretenían a sus oyentes con la relación de hazañas portentosas, y los gritos de los farautes que publicaban las ordenanzas de los maestros de campo, llenando los aires de mil y mil ruidos discordes, prestaban a aquel cuadro de costumbres guerreras una vida y una animación imposible de pintar con palabras.¹⁴

Particular fortuna tiene en el imaginario medieval becqueriano la empresa de la Reconquista —«ese gigante poema de ocho siglos»—,¹⁵ sobre la que en *Templos* emite frecuentes juicios y que forma parte de la ambientación de «La promesa» y «El Cristo de la calavera»:

La Reconquista, esa obra de titanes que las guerreras generaciones se legaban unas a otras como única herencia, se encontraba en el más brillante de sus períodos, y ceñía la corona de Castilla el invicto Alfonso VI, cuando los cristianos, bajo la conducta de este rey, pusieron sus armas victoriosas sobre Toledo.¹⁶

coyuntura para rivalizar entre sí en gallardía o donaire, se habían aprovechado con afán ambos caballeros, ansiosos de distinguirse a los ojos de su dama; y aquella noche, impelidos sin duda por un mismo afán, trocando los hierros por las plumas y las mallas por los brocados y la seda, de pie junto al sitial donde ella se reclinó un instante después de haber dado una vuelta por los salones, comenzaron una elegante lucha de frases enamoradas e ingeniosas, epigramas embozados y agudos ... “Dios no quiere permitir este combate, porque es una lucha fratricida, porque un combate entre nosotros ofende al cielo ante el cual nos hemos jurado cien veces una amistad eterna”» («El Cristo de la calavera», en *Obras completas*, II, pp. 173-174 y 180).

¹⁴ «La promesa», en *Obras completas*, II, pp. 246-247.

¹⁵ *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 654.

¹⁶ *Templos*, «El Cristo de la Vega», en *Obras completas*, I, p. 746.

La obra inmensa de la Reconquista seguía paso a paso su carrera de triunfos, y Fernando III, el Rey Santo, acababa de escribir al pie de los muros de Sevilla uno de los más gloriosos cantos de ese poema que comenzaron un puñado de valientes en las escabrosas montañas de Asturias, y acabó una gran reina tremolando el vencedor estandarte de la Cruz sobre las torres de la Alhambra.¹⁷

Continuaban los árabes posesionados de gran parte de la Península; seguía, por consecuencia, la gloriosa y empeñada lucha que había de terminar al pie de las murallas de Granada.¹⁸

5. Si Bécquer echa de menos al caballero y la dama de otros tiempos, con no menos expresividad evoca nostálgico la vida de santos varones, que nos dejaron el testimonio de su ciencia y de su piedad. Si en las piedras de un ruinoso castillo o palacio resuenan los ecos de un sarao o el fragor de una batalla, con mucha más fuerza vibran las graves notas del canto litúrgico bajo las bóvedas de la fastuosa catedral o de la ermita humilde. Es paradigmático el párrafo de «La ajorca de oro» en que describe la catedral de Toledo, único monumento que desgraciadamente no correspondió al poeta en *Templos*. También aquí las descripciones son fuertemente sensoriales, como lo es la misma liturgia evocada: el resplandor de los cirios, las notas del órgano, el aroma del incienso...

¡La catedral de Toledo! Figuraos un bosque de gigantescas palmeras de granito que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive, con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales. Figuraos un caos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas, donde lucha y se pierde con la oscuridad del santuario el fulgor de las lámparas. Figuraos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han desparramado a porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.¹⁹

No se trata sólo de una consideración puramente esteticista de la religión cristiana, como en ocasiones se ha insinuado. En *Templos* y en obras posteriores abundan ma-

¹⁷ *Templos*, «Santa María la Blanca», en *Obras completas*, I, p. 789.

¹⁸ *Templos*, «Monasterios y conventos de varones. Monasterio Agaliense», en *Obras completas*, I, p. 879.

¹⁹ «La ajorca de oro», en *Obras completas*, II, p. 81. «Entonces [en las grandes solemnidades], cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata, cuando flota en el aire una nube de incienso y las voces del coro y la armonía de los órganos y las campanas de la torre estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que le coronan, entonces es cuando se comprende, al sentirla, la tremenda majestad de Dios que vive en él, y lo anima con su soplo y lo llena con el reflejo de su omnipotencia», *ibid.*, p. 83. Cf. el prólogo de J. Estruch a su edición de *Leyendas*, Crítica (Biblioteca Clásica, 99), Barcelona, 1994, p. 27.

nifestaciones explícitas o implícitas del sentir religioso del poeta.²⁰ No obstante, esa vivencia tiende a expresarse según la peculiar sensibilidad del escritor y también según las convenciones románticas. La civilización medieval es considerada por el poeta como la primera gran realización histórica y social del cristianismo. No es un tradicionalista al modo francés o como algunos políticos españoles coetáneos. No tiene una propuesta de carácter ideológico y mucho menos político. Sí hay, en cambio, una concepción providencialista de la Historia;²¹ y también una añoranza por ese mundo que se pierde —en definitiva, la sociedad del Antiguo Régimen— y el anhelo de una sociedad articulada según los ideales cristianos, frente a un modelo de civilización frío y pragmático que va imponiéndose en el siglo del positivismo y de la revolución industrial. Religión y tradición son conceptos inseparables para Bécquer, como manifiesta la primera oración de *Templos*: «La tradición religiosa es el eje de diamante sobre el que gira nuestro pasado».²²

En ocasiones, como en el tercer relato de «Tres fechas», la vivencia de lo religioso-litúrgico tiene algo de misterioso, ya sublime, ya terrible. Precisamente ese texto contiene una de las más interesantes descripciones de un acto litúrgico. También ahí los materiales más importantes son las sensaciones: luz dudosa que se filtra por las vidrieras góticas, el ambiente perfumado por los incensarios, el claroscuro del coro de las monjas, las volutas del incienso que se confunden con la salmodia de las religiosas...²³

Feliz síntesis de lo épico y lo sagrado aparece en las evocaciones que despierta en el viajero la contemplación del claustro de San Juan de los Reyes:

Al personificar la sensación que me causáis, me parece ver en vosotros un monje cuya capucha derribada a la espalda deja contemplar sus sienes ceñidas con el casco de un guerrero, mientras que por debajo de su hábito religioso se descubre la brillante malla que le defiende y el acicate de oro que hace volar el bridón en la pelea ... El poeta os ama [muros] porque vosotros habéis sufrido y en su alma vibra siempre una cuerda simpática al dolor; os admira porque sois nobles y en su laúd hay siempre un cantar que contesta al eco de la gloria; os venera porque sois santos y su rodilla y su frente están siempre prontas a doblarse en el umbral del cielo.²⁴

6. En el mismo orden de mixtura de lo religioso y lo estético está la identificación que en Bécquer se percibe entre el orden gótico—ojival, lo llama en *Templos*— y la Edad Media.²⁵ Una catedral gótica sería la concreción material más perfecta del

²⁰ Cf. *Obras completas*, I, pp. 706, 707, 712, 878, 882 y II, p. 941.

²¹ Cf. R. Benítez, *Bécquer, tradicionalista*, p. 51, n. 6 y p. 57.

²² *Templos*, «Introducción», en *Obras completas*, I, p. 651.

²³ Cf. «Tres fechas», en *Obras completas*, II, pp. 196-197.

²⁴ *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, pp. 706 y 712.

²⁵ Bécquer no es constante en el uso de la terminología. Mientras que en *Templos* reserva el término «gótico» para el arte de los visigodos y el de «ojival» para el gótico, posteriormente lo utiliza con la acepción moderna. Para referirse al arte del renacimiento utiliza «renaciente». El término «plateresco» tiene la acepción moderna. Sin embargo, en ocasiones utiliza el de «greco-romano» indistintamente para obras

anhelo humano de trascendencia y el espacio ideal para la expresión de la vivencia religiosa. Si cualquier templo denota en su estilo una determinada forma de relación con la divinidad, el gótico es la más acabada plasmación de lo religioso.²⁶ Tanto en *Templos* como en las narraciones el poeta demuestra su clara preferencia por este orden artístico, a pesar de sus protestas de objetividad en alguna ocasión:²⁷

El artista, que busca con avidez, para estudiarlos en sus más imperceptibles detalles, los asombrosos restos de la ciencia de nuestros mayores ... puede hacer un profundo estudio de las gallardas proporciones arquitectónicas de este estilo olvidado, de la armoniosa combinación de sus infinitos detalles.²⁸

El estilo ojival, que cada día adelantaba un poco más en la senda de la perfección...²⁹

La fábrica de esta capilla [la de Santa Catalina en San Salvador] es toda de piedra y su arquitectura, ojival. Pero si notable es esta capilla por la majestuosa sencillez de su fábrica, levantada en una de las épocas más florecientes del género al que pertenece, lo es mucho más por los objetos que encierra...³⁰

...La iglesia pertenecía al género ojival y era de gentil disposición y desahogadas proporciones.³¹

Las ventanas, perforadas en los muros, son ojivales, y aunque sencillas, son del gusto más puro y acabado.³²

Podría objetarse que la naturaleza de *Templos* así se lo exige, pues él se limita a describir los monumentos de que está poblada Toledo. Ciertamente, Bécquer ahí no inventa lo descrito, pero refleja y juzga de muy diversa forma una fábrica gótica y otra renacentista, por ejemplo. Al mismo tiempo, es relevante que en las obras de ficción —y no sólo en las ambientadas en la Edad Media— las ojivas y los rosetones góticos predominen sobre otros posibles decorados.³³

posteriores al siglo XV, cuando entiende que imitan los órdenes clásicos, sean del siglo XVI o posteriores.

²⁶ A propósito del arte hispanoárabe, dice: «Como es de presumir, el arte no existía aún entre los sectarios de Mahoma, pero el desarrollo de la nueva religión lo comenzaba a hacer una necesidad. Y decimos una necesidad, porque es digna de ser observada la influencia que las creencias religiosas ejercen sobre la imaginación de los pueblos que crean un nuevo estilo. Recórrase, siquiera ligeramente la historia moral, por decirlo así, de todos los países», *Templos*, «El Cristo de la luz», en *Obras completas*, I, p. 769.

²⁷ «gracias a la saludable reacción artística de nuestra época, en un terreno neutral para todos los estilos...», *Templos*, «El Cristo de la luz», en *Obras completas*, I, p. 766.

²⁸ *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 654.

²⁹ *Templos*, «El Cristo de la luz», en *Obras completas*, I, p. 775.

³⁰ *Templos*, «Parroquias latinas, San Salvador», en *Obras completas*, I, p. 859.

³¹ *Templos*, «Monasterios masculinos, Santa María de la Sislea», en *Obras completas*, I, p. 887. Nótese que habla de un monumento desaparecido, que no ha podido ver.

³² *Templos*, «Monasterios femeninos, San Juan de la Penitencia», en *Obras completas*, I, p. 932.

³³ No falta la ambientación gótica en las narraciones «El beso», «Tres fechas», «La ajorca de oro», «El

En alguna ocasión, lamenta su abandono a lo largo del siglo XVI. En las digresiones sobre San Juan de los Reyes se percibe muy bien que no se trata sólo de una cuestión de formas, de estilos. Para él el orden gótico significa mucho más que una moda ornamental; es toda una expresión de la dimensión espiritual del individuo y de su sociedad:

En efecto, cuando [el arte gótico] tocó la ardiente meta a que se propuso llegar, al lanzarse en el estadio de los siglos, se exhumó en Italia el gusto romano, y ya ataviando su esqueleto con las galas platerescas, ya afectando su primitiva sencillez, inundó a las otras naciones bajo la forma de Renacimiento. Nada se respetó: profanáronse los más caprichosos pensamientos de nuestra arquitectura propia a la que apellidaron bárbara; diéronse a los templos la matemática regularidad de las construcciones gentílicas; insultóse el santo pudor de las esculturas, arrancándoles, para revelar el desnudo, sus largos y fantásticos ropajes y, tal vez para alumbrar su vergüenza, dejóse por la ancha rotonda penetrar la luz a torrentes en el interior del santuario, bañado antes en la tenue y moribunda claridad que se abría paso a través de los vidrios de colores del estrecho ajimez o del calado rosetón.³⁴

No sólo Bécquer ni sólo los poetas sentían así. No es irrelevante la recuperación de algunos elementos del orden gótico en la ecléctica arquitectura decimonónica. Ya quince años antes, Patricio de la Escosura reivindicaba el eximio valor del gótico, suma y compendió de toda una realización social y cultural del Cristianismo, en el texto de la *España artística y monumental*, proyectó semejante al de Bécquer –y que seguramente conoció y utilizó– y mucho más afortunado. No me parece desdeñable que esta digresión tenga lugar en el seno de la glosa de una lámina que muestra en primer término una pilastra gótica, precisamente del claustro de San Juan de los Reyes:

Por las razones que dejamos apuntadas y por otras muchas que en obsequio de la brevedad omitimos, sucede que en las iglesias góticas la devoción se apodera hasta de los incrédulos, si es que no son además insensibles; y que en las modernas, y singularmente en aquellas donde el arquitecto copió de los templos gentílicos el ordenamiento de su fábrica, aun los corazones de los devotos consiguen difícilmente aquel recogimiento de ánimo indispensable para elevarlo hasta el supremo Hacedor.³⁵

Cristo de la calavera», en el artículo «La Semana Santa en Toledo», etc.

³⁴ *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 655.

³⁵ G.P. Villa-Amil y P. de la Escosura, *España artística y monumental*, «San Juan de los Reyes», I, pp. 54-55. «Llamaremos además la atención de los aficionados a las artes hacia el pilar que en el primer término de nuestro dibujo se mira y que sirve de apoyo a una elegantemente trazada repisa ... Sin que se imagine que tan temeraria es nuestra osadía o tan crasa nuestra ignorancia que neguemos la belleza y majestad del arte greco-romano, creemos que nos será lícito decir francamente nuestra opinión: parécenos que el estilo gótico está más en armonía con las creencias del cristianismo, que sus construcciones provocan más a la devoción, que en lo complicado y vago de sus curvas y caprichosos adornos se simbolizan los misteriosos y suavemente melancólicos arcanos del Evangelio; más bien que en la severidad de los lineamentos clásicos, cuya simétrica disposición arguye más convencimiento, más raciocinio, que sensaciones y afectos. Ese pilar

En un artículo posterior a los textos seleccionados —«La Semana Santa en Toledo» (1870)— Bécquer vuelve sobre esta misma idea: la idoneidad del culto y del arte sagrado (gótico, por supuesto) para elevar los espíritus hacia el Creador. Es más, casi lo recomienda como un antídoto para el prosaico hombre del XIX, demasiado contagiado por el espíritu práctico de una sociedad que erige el ferrocarril en uno de sus símbolos.³⁶

Pero no sólo emite juicios positivos explícitos sobre el gótico. En las descripciones de *Templos*, aun en las más técnicas y objetivas, se percibe un cierto desdén hacia la frialdad renacentista.³⁷ No disimula en absoluto, sin embargo, que detesta el estilo churrigueresco,³⁸ ni que todas las vueltas posteriores a los órdenes clásicos grecolatinos, si no le provocan abierto rechazo, tampoco la más mínima emoción.

de que hablábamos ... y el conjunto, en fin, de la máquina del edificio, donde hay sin duda un orden que se percibe, porque nada disuena, porque todas y cada una de sus partes contribuyen a la belleza del efecto general, pero cuya ley no se adivina ni acaso se sospecha sin larga reflexión: tienen, para nosotros, visible analogía con la religión cristiana, en la cual el misterio de los dogmas y la sencillez de los preceptos, la oscuridad de las causas y la evidencia de los efectos se unen maravillosamente», *ibid.*, pp. 54-55.

³⁶ «El viajero que, conducido en el tren de Madrid, cambia por completo de decoración en menos de tres horas y se encuentra en el Zocodover con tan extraña procesión de figuras que parecen arrancadas de un tapiz antiguo, nada de particular tiene que la encuentre algo fuera de época, y pareciéndole poco menos que ridículos los penitentes con sus altas caperuzas negras, los rostros cubiertos por el antifaz y las inmensas colas tendidas por el suelo ... Hoy que se habla de libertad de cultos y de iglesias nuevas, con ritos más sencillos y severos; hoy que casi todos miran adelante y casi ninguno vuelve la vista atrás de buena fe, no para retroceder por donde se había venido, sino para saber a ciencia cierta, por la comparación de lo andado, en qué punto del camino se encuentra la sociedad española, al llegar del centro en que bullen y se agitan todas las nuevas ideas, ¿cómo no ha de parecernos natural que asome a los labios una sonrisa de compasión ante el espectáculo que la vieja Toledo ofrece en estos días a la curiosidad de los viajeros empapados en el espíritu práctico y positivista de este siglo? Pero cruzad durante algunas horas por las revueltas calles de la población hasta que, a pesar vuestro, os empapéis en la atmósfera de gravedad melancólica que respiran sus ruinas; aguardad a que el día comience a caer, a que las dentelladas crestas de las balaustradas ojivales de la catedral se dibujen oscuras sobre el cielo del crepúsculo y en la gótica torre suene el toque de oraciones en la colosal campana cuyo tañido trueno y zumba como una voz apocalíptica», *Obras completas*, II, pp. 945-946.

³⁷ «En el siglo XVI, después de quedar perfectamente terminados su claustro principal y su iglesia, añadiósele un segundo patio al edificio. Patio dañoso a la armónica regularidad del convento y de un estilo muy diferente al de la totalidad de la obra», *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 678; «El estilo ojival, que cada día adelantaba un poco más en la senda de la perfección, comenzó a oscurecer y a poner en olvido el arte arábigo, el cual no obstante prolongó su existencia, aunque trabajosamente, hasta mediados del siglo XVI, en que el Renacimiento destronó a un tiempo a los dos géneros, representantes el uno de la religión cristiana y el otro de la islamita», *Templos*, «El Cristo de la luz», en *Obras completas*, I, p. 775.

³⁸ «La portada de gusto churrigueresco de esta capilla contrasta malísimamente con los calados antepechos y las ligeras aristas del exterior de la gran nave a que la han adherido», *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 678; «El altar mayor, de madera tallada y dorada con gran profusión, pertenece a la escuela de Churriguera y es uno de los más palpables ejemplos del mal gusto y extravío de sus propagadores», *Templos*, «Parroquias latinas, Santa María Magdalena», en *Obras completas*, I, p. 831; «aunque así en su fachada como en su interior se nota aún la huella del mal gusto que Churriguera y sus discípulos entronizaron años antes en toda España», *Templos*, «Parroquias latinas, San Juan Bautista», en *Obras completas*, I, p. 835.

7. En el imaginario medieval de Bécquer no podían faltar, claro está, musulmanes y judíos. Quiero abordar, aunque sea brevemente, cuál es el tratamiento que en los textos estudiados reciben, ahora que tenemos un imaginario bastante distinto —y posiblemente no menos falso— de las tres culturas, cuya convivencia multisecular sin duda idealizamos.

Los primeros son recordados con cierta ambigüedad, en la más pura tradición hispana. El poeta, según los pasajes, alaba o reprueba el elemento islámico de nuestra tradición. Se mueve entre la maurofilia de los romances viejos y el rechazo propio de la cultura aurisecular. Para el arte mudéjar todo son alabanzas, pero una y otra vez pone de manifiesto la superioridad de la cultura cristiana, precisamente por ser cristiana; es decir, el argumento es exclusivamente religioso. Es más, una forma de honrar la memoria de moros y moriscos es ennoblecer su figura, con lo que la victoria final de la Fe cristiana sobre el Islam resulta enaltecida.³⁹ Al mismo tiempo que se refiere a los moros como «sectarios del Profeta», a las pocas líneas elogia el arte hispanoárabe:

En efecto, nada más original y caprichoso que los infinitos detalles de esas incomprensibles creaciones del arte musulmán toledano, maravillosas más que por la grandeza y magnitud de su conjunto, por la gallardía y novedad de las partes que las componen y enriquecen.⁴⁰

El arte islámico es para Bécquer expresión de una profunda religiosidad. Una nueva religión pide un nuevo arte, y tras la belleza de la herencia artística árabe el poeta descubre el «genio ismaelita»:⁴¹

La arquitectura árabe parece la hija del sueño de un creyente, dormido después de una batalla a la sombra de una palmera. Sólo la religión, que con tan brillantes colores pinta las hueras del paraíso y sus embriagadoras delicias, pudo reunir las confusas ideas de mil diferentes estilos y entretejerlos en la forma de un encaje.⁴²

Es más, parangona el gótico —que tiene a su favor ser plasmación de una espiritualidad sin tacha, a diferencia del «musulmán»— y el estilo árabe, siempre corroborando la idea de que el arte es una necesidad y una manifestación de las religiones, del espíritu naturalmente religioso del hombre. El gótico y el musulmán van de la mano y responden a una misma edad heroica y religiosa.

³⁹ Cf. *Templos*, «El Cristo de la Luz», en *Obras completas*, I, p. 765. A propósito de la descripción de este templo, Bécquer compone un verdadero ensayo sobre la arquitectura hispanoárabe (*ibid.*, pp. 765-775).

⁴⁰ Cf. *Templos*, «El Cristo de la Luz», en *Obras completas*, I, p. 765. «Desgraciadamente, como ya antes que nosotros han dicho algunos literatos al ocuparse de este asunto, nuestros mayores han mirado hasta ahora con desdén cuanto produjo este pueblo conquistador, a cuya imaginación poderosa tanto debe la poesía, las artes y las ciencias», *ibid.*, p. 765.

⁴¹ Cf. *Templos*, «El Cristo de la luz», en *Obras completas*, I, p. 771.

⁴² Cf. *Templos*, «El Cristo de la luz», en *Obras completas*, I, p. 770.

No sucede lo mismo con el elemento judaico. Algunos han visto en Bécquer antijudaísmo o antisemitismo. Antisemitismo, imposible, pues se trata de un pensamiento exclusivamente contemporáneo y de raíces no cristianas. Algo de antijudaísmo, quizá; en todo caso, se trata de un material literario sin originalidad ninguna; intuyo que es herencia de la tradición áurea hispánica. Lo judío en los textos de Bécquer aparece sin relieve, plano, chato, tópico. El caso más llamativo es el de la leyenda *La rosa de pasión*, donde aparece un judío que es todo maldad, sin mezcla de bien alguno y como contrafigura de la piedad y la devoción de los personajes cristianos.⁴³

8. Por último, quisiera poner de manifiesto que desde el punto de vista estilístico, lo más notable de las recreaciones medievales de Bécquer son los ambientes o atmósferas que, tanto en *Templos* como en las narraciones es capaz de crear.⁴⁴ No es algo exclusivo de los textos estudiados, pero sin duda la virtualidad de lo medieval, con todo su exotismo, lejanía y riqueza, se presta de modo privilegiado a este ejercicio estilístico; sus campos semánticos son un abundante venero que aprovisiona al poeta de sonoros y expresivos nombres y calificativos.

A este propósito sirven la sensorialidad de las imágenes, a que ya he aludido anteriormente, una adjetivación profusa, frecuentemente hiperbólica,⁴⁵ y la selección de imágenes y motivos de especial capacidad de evocación. Entre éstos últimos destacan —como en todo buen romántico— las ruinas. En unos casos, se visten de grandeza, que comunican al ánimo de quien las contempla, como en «San Juan de los Reyes»; en otros, son lúgubre premonición del mal que acecha, como en «La rosa de pasión».⁴⁶

⁴³ «En una de las callejuelas más oscuras y tortuosas de la ciudad imperial, empotrada y casi escondida entre la alta torre morisca de una antigua parroquia muzárabe y los sombríos y blasonados muros de una casa solariega, tenía hace muchos años su habitación, raquítica, tenebrosa y miserable como su dueño, un judío llamado Daniel Lavé. Era este judío rencoroso y vengativo, como todos los de su raza, pero más que ninguno engañador e hipócrita», «La rosa de pasión», en *Obras completas*, II, p. 314.

⁴⁴ «Rasgo característico de la prosa de Bécquer es su capacidad de sensorializar determinados ambientes, escenas o momentos narrativos utilizando una prosa llena de plasticidad y sugerencias, que tiene la virtud de intensificar todos los contenidos estéticos relacionados con los sentidos. Las atmósferas de las *Leyendas* abarcan diversos campos temáticos o ámbitos sensoriales: cromático, auditivo, mágico, maravilloso, amoroso, costumbrista, etc.», P. Izquierdo, «Presencia de lo lírico, atmosférico y maravilloso en las *Leyendas* de Bécquer», en *Bécquer, origen y estética de la Modernidad*, ed. C. Cuevas, Publicaciones del Congreso de Literatura Española Contemporánea, Málaga, 1995, p. 47.

⁴⁵ «Silenciosas ruinas de un prodigio del arte, restos imponentes de una generación olvidada, sombríos muros del santuario del Señor, heme aquí entre vosotros. Salud, compañeros de la meditación y la melancolía, salud. Yo soy el poeta ... El poeta, que no viene a reducir vuestra majestad a líneas ni vuestros recuerdos a números, sino a pedirnos un rayo de inspiración y un instante de calma. Bañad mi frente en vuestra sombra apacible, prestadme una rama de vuestros sauces para colgar mi laúd, haced que la melancolía que sueña en vuestro seno me envuelva entre sus alas transparentes, que yo al partir os pagaré esta hospitalidad con una lágrima y un canto», *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 706.

⁴⁶ «Los años y la devastación, al pasar sobre sus muros, le han grabado el sello de ruina y grandeza que lo caracteriza; y la yedra que se mece colgada de los parduscos y fuertes machones de su ábside; los carcomidos y tradicionales hierros que, a manera de festón arquitectónico, rodean sus robustos pilares; los calados doseletes que arrojan una sombra misteriosa sobre la frente de sus rotos y mudos heraldos de granito;

9. Bécquer enamorado de la Edad Media: ¿conservador, romántico-conservador, tradicional-conservador, neocatólico-tradicional, conservador-moderado-tradicional?, podríamos preguntarnos remedando a Polonio. De hecho, algunos estudiosos han dedicado buen número de páginas a dilucidar esta cuestión, que intuyo poco pertinente. Bécquer no es un ideólogo ni un pensador, y mucho menos un partidario (en el sentido político). Bécquer –aunque parezca una vulgaridad decirlo– es fundamentalmente un romántico, que en su visión de la Historia –cuyo período más interesante es sin duda la Edad Media– conecta, por una parte, con la historiografía tradicional española del Padre Mariana; y por otra, con los pensadores tradicionalistas europeos, a la cabeza de los cuales se suele nombrar a Chateaubriand, cuyos escritos eran bien conocidos por Bécquer.

Contra el materialismo y progreso igualador, que arrasa con la tradición, Bécquer recomienda una buena dosis de Edad Media. Contra el prosaísmo, ese mal tan característico de la segunda mitad del siglo pasado, la ensoñación romántica de un arte épico y lírico. El motor de esas ensoñaciones medievales es una fuerte nostalgia, análoga a la que experimenta Pereda al intentar salvar en sus narraciones un mundo que se va; nostalgia literariamente fecunda, que corremos el peligro inconsciente de ridiculizar al tratarla de «esteticista», en la línea de los «suspirillos germánicos». Como conclusión propongo la prohibición que en «Tres fechas» (1862) el poeta quiere rotular a la entrada de la calle donde sitúa la primera de las narraciones:

En nombre de los poetas y de los artistas, en nombre de los que sueñan y de los que estu-
dian, se prohíbe a la civilización que toque a uno solo de estos ladrillos con su mano demo-
ledora y prosaica.⁴⁷

la majestad y esbeltez de la espaciosa y única nave de su iglesia; el hondo silencio de su maravilloso claustro en el que los veladores ecos repiten y prolongan el leve rumor de los pasos y de la voz, medrosa de elevarse en su recinto, han hecho de este santuario de las tradiciones y del arte un copioso manantial de recuerdos, de enseñanza y de poesía», *Templos*, «San Juan de los Reyes», en *Obras completas*, I, p. 653. «En el atrio [de la iglesia bizantina en ruinas, donde se reúne el conciliábulo judío], que dibujaban algunos pedruscos diseminados por el suelo, crecían zarzales y hierbas parásitas, entre los que yacían medio ocultos, ya el destrozado capitel de una columna, ya un sillar groseramente esculpido con hojas entrelazadas, endriagos horribles o grotescos e informes figuras humanas. Del templo sólo quedaban en pie los muros laterales y algunos arcos rotos ya y cubiertos de hiedra», «La rosa de pasión», en *Obras completas*, II, p. 320.

⁴⁷ «Tres fechas», en *Obras completas*, II, p. 184.